



EL BARCO
DE VAPOR

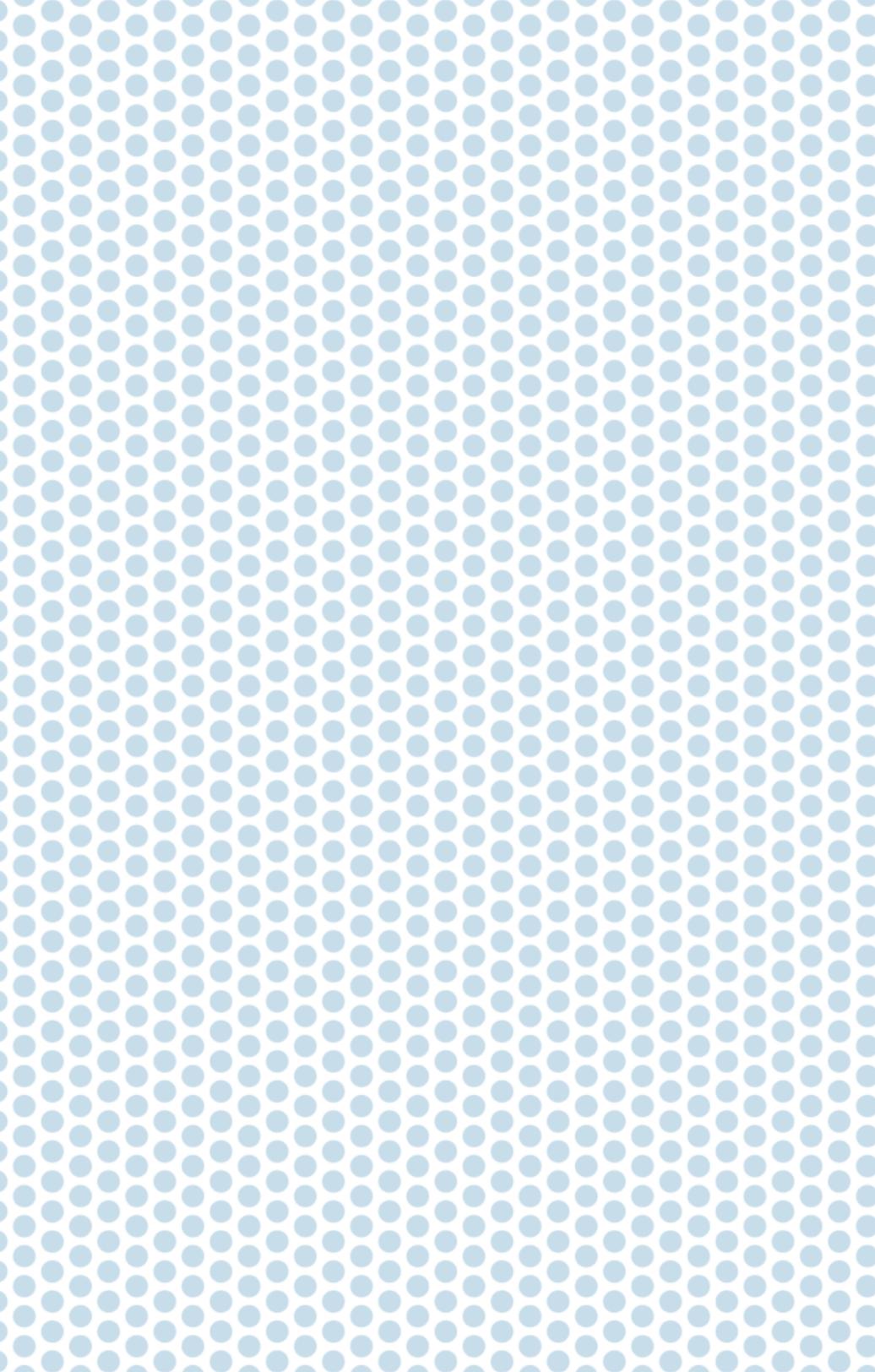
¡Hermanos hasta en la sopa!

Teresa Broseta

Ilustraciones
de Srta.M

18.^a EDICIÓN







EL BARCO
DE VAPOR

¡Hermanos hasta en la sopa!

Teresa Broseta

Ilustraciones de Srta.M





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: junio de 2003

Decimoctava edición: septiembre de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Carolina Pérez

Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Teresa Broseta, 2003

© de las ilustraciones: Manoli López (Srta.M), 2018

© Ediciones SM, 2003, 2018

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-779-4

Depósito legal: M-19538-2018

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

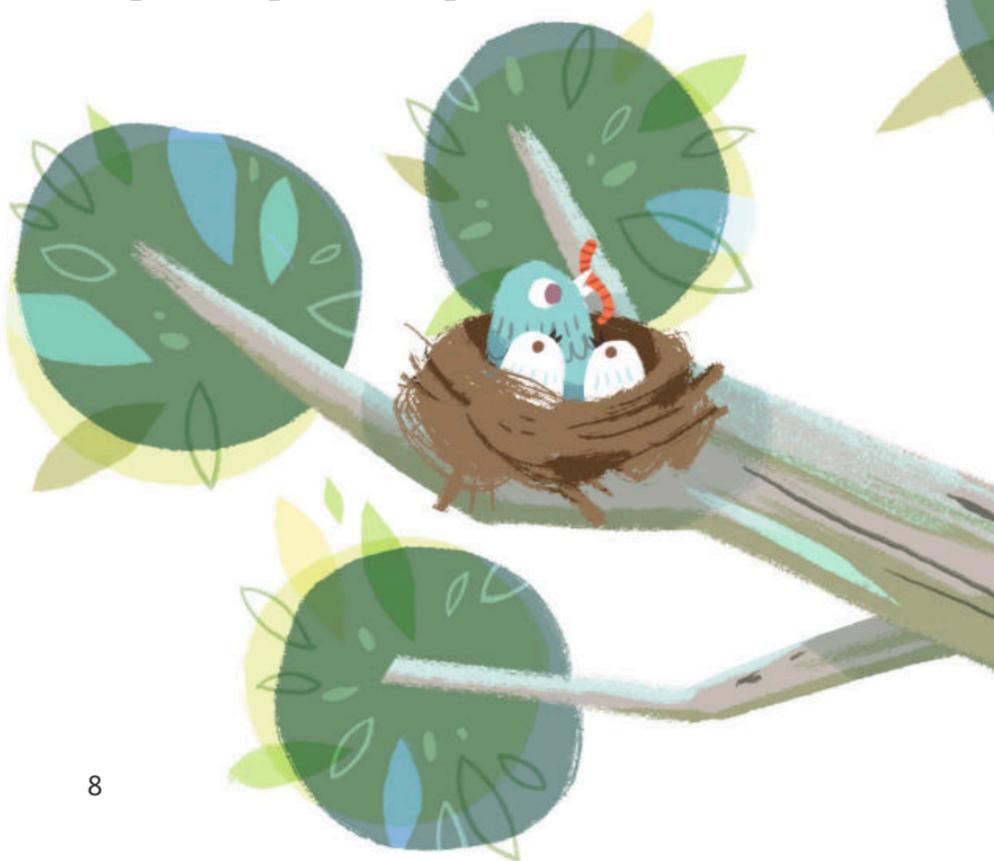
A mi madre.

● 1

UNA CASA ABARROTADA

¡HACE UN CALOR ESPANTOSO! Llevo dos horas aquí escondida y por el cuello me resbalan gotas de sudor. Para un día que hace calor de verdad, yo tengo que estar aquí subida como una tonta, en vez de estar en la piscina. Creo que va a empezar a hervirme la cabeza de un momento a otro. Si al menos hubiéramos terminado esta dichosa casa del árbol, ahora tendría un techo para protegerme del sol. Pero, claro, no ha habido forma de ponernos de acuerdo. Cuando uno quería clavar un tablón para el suelo, otro le quitaba el martillo para clavar la ventana. Y las discusiones eternas: que si yo pondría tres tablas para el suelo, que si con menos de cinco no hacemos nada... Total, que, como dice mi madre, «unos por otros y la casa sin barrer». En este caso, la casa sin hacer. El árbol es grande, un roble de esos que llevan mil años plantados, pero tiene pocas hojas y no da mucha sombra. Por eso está a punto de hervirme la cabeza. Ten-

dría que haberme escondido en el hórreo, estaría bastante más fresca, pero no he tenido valor. La abuela no quiere ni vernos por allí, casi no nos deja ni acercarnos por miedo a que lo estropeemos. Es que le tiene mucho cariño, y siempre está diciendo que hay que conservarlo para el futuro. ¡Si yo no lo iba a estropear, solo a meterme dentro! Pero, encima de la que he liado, nada más faltaba que la abuela se enfadara conmigo por subir al hórreo. Seguramente debería bajar de una vez de este árbol, pero no me atrevo. Me van a echar la bronca más grande de mi vida, y no me veo con ánimos para soportarlo. Estoy dispuesta a quedarme aquí toda la vida, si hace falta.



O, por lo menos, hasta que me encuentren. Yo no me atrevo a bajar.

La verdad es que me he pasado y deben de estar todos enfadadísimos conmigo. Hace un rato he oído que me llamaban a gritos desde la terraza, pero no he querido contestar. ¡Cualquiera se atreve! La voz de mi madre sonaba realmente furiosa. Lo peor es que he roto la cristalera del salón, aunque ha sido sin querer.

¡Como me hagan pagarla de mi dinero, voy a estar sin comer chucherías hasta los cien años! Yo solo quería darle a Paco en la cabeza con el cazo de la sopa, pero se me ha ido de las manos y se ha estre-



llado contra la cristalera que da a la terraza. En un segundo han llovido cristales por todo el comedor, y la gran mayoría han caído dentro de nuestros platos de sopa. ¡Menudo jaleo! Todos gritaban a la vez; Paco lloraba porque, a pesar de mi mala puntería, el cazo le ha dado de refilón en la oreja, y la estúpida de Blanca chillaba como si el cazo le hubiera dado a ella. Claro, al final yo también me he puesto a chillar. Y yo, cuando chillo, chillo más que nadie. Y digo lo primero que me viene a la cabeza, que suele ser algo bastante desagradable. Esta vez he gritado:

—¡Estoy harta de todos! ¡Ya no os soporto más!
¡Tengo hermanos hasta en la sopa!

Se han callado todos de golpe. Cuando un montón de personas se queda en silencio y con la vista clavada en ti, no sabes dónde meterte. Sobre todo si acabas de decir a voz en grito una barbaridad. Y ya es malo si son tres o cuatro personas, pero si son diecinueve, como en mi caso, es para que te dé un patatús. Sí, es que en esta casa hay nada menos que diecinueve personas pasando el verano. Bueno, veinte contándome a mí. ¡Está completamente abarrotada! Vivir con tanta gente sería insoportable aunque la casa fuera enorme, con muchísimas habitaciones y un montón de cuartos de baño. Pero, encima, esta parece la casa de los siete enanitos. Solo tenemos cuatro habitaciones, y dormimos todos como sardinas en lata. Hay unas literas incomodísimas para los más afortunados, y

colchones en el suelo para los que han tenido menos suerte. ¡Y solo hay un cuarto de baño! ¿Podéis creerlo? Las colas son interminables durante todo el día, yo estoy pensando seriamente empezar a hacer pis debajo de una higuera y no volver a lavarme los dientes en todo el verano. Con tanta gente, seguro que nadie se da cuenta. A veces no consigo entrar al baño hasta las once de la mañana, y en esos momentos pienso que mi vida sería más fácil si yo fuera como Paula y Guille, que aún llevan pañales. Son los únicos a quienes no les importa que solo haya un cuarto de baño. Así, con un poco de suerte, se saltan la ducha varios días seguidos. Ah, y menos mal que tenemos un terreno enorme, con jardín y prados, y hasta con una piscina pequeñita que está siempre helada. Si no, ya nos habríamos vuelto todos locos. Cuando ya no soportas el barullo de dentro de casa, siempre puedes salir al prado o perderte entre los árboles. Yo lo hago a menudo, porque muchas veces hablan todos a la vez y me parece que me va a estallar la cabeza.

¡Somos una familia rara! Eso, suponiendo que seamos una familia, que yo no acabo de tenerlo tan claro. Somos más bien un puzle de familias distintas, todos apiñados bajo el mismo techo. La casa es de mis abuelos maternos, que no sé cómo tienen la paciencia de soportarnos a todos. A la abuela Ana le encantan los niños, por eso no protesta, y el abuelo Pedro parece contento de tenernos a todos armando bulla por aquí.

Claro, que, si no, su verano sería de lo más aburrido. Está enfermo de un montón de cosas y apenas se mueve del sillón. Así que se distrae viéndonos correr por el jardín o bañarnos en la piscina. A mí me da pena que esté tan quieto, y paso algunos ratos haciéndole compañía. Sobre todo a la hora de la siesta, cuando no te dejan jugar a nada para que no armes ruido, pero tampoco tienes sueño. ¡Esa manía de los mayores con la siesta puede arruinarte un buen verano! A veces, el abuelo me dice:

–Quédate conmigo, Tita, que voy a contarte cosas de cuando yo era pequeño.

Es el único que tiene permiso para llamarme Tita, porque a los demás los corrijo siempre, y de muy malos modos:

–¡Carlota! ¡Me llamo Carlota!

A los once años, eso de Tita queda ya un poco ridículo. ¿A que sí? El caso es que el abuelo me cuenta historias de cuando era pequeño, y a mí me gusta escucharlas. Me gusta, sobre todo, cuando me cuenta las trastadas que hacían él y sus hermanos cuando eran críos, por estos mismos prados, aunque siempre me dice que esas cosas no se me ocurra hacerlas a mí. Algunas historias me las ha contado tantas veces que ya me las sé de memoria, y lo corrijo si se equivoca en alguna cosa.

–¡Que no, abuelo! Que la que os encontró aquella vez que os escapasteis fue la tía Rosa.